



MERCADO DE ABASTOS DE LA SOLANA (CIUDAD REAL)

## La Solana

BAUDILIO CAVADAS GORMAZ

Entonces comprendió. Ese olor a escabeche proveniente de los mejillones contenidos entre lo que parecía ser una barra de pan, y que su maestro devoraba a base de bocados descomunales, no le dejó lugar a dudas. Se sentía contento, al fin tenía la respuesta a lo que tantas veces le habían preguntado, aquello que le desorientaba, pues no entendía por qué había de dar una respuesta para algo que sucedería muchos años después. Ahora sí, también él debería ser maestro como Don Vicente.

A la salida, no se detuvo como en otras ocasiones. Corrió cuesta arriba y cuesta abajo sin desfallecer. Deseaba comunicárselo a su madre cuanto antes. Una decisión de tamaño magnitud no podía retenerla por más tiempo. Llegó a casa, la buscó y conteniendo el aliento sentenció: “Mamá, ya sé lo que deseo ser de mayor... quiero ser maestro para comer todos los días bocadillos de mejillones”. Esperó respuesta, pero ella parecía sorprendida y de su boca no salía ningún comentario de aprobación según lo esperado. Al cabo de un rato, que a Daniel le pareció una eternidad, su madre llamó a tía Marcela, quien conjuntamente con su padre, el abuelo Narciso, pasaban por entonces largas temporadas con ellos.

Daniel pensó que probablemente un asunto de tal importancia requería de algún consejo familiar, tal y como suele ocurrir en las grandes ocasiones. Pero no, tía Marcela, a las primeras de cambio y con ese tono nasal, casi monjil, que a veces ponía dijo: “Ay! ignorante...”



Siguió diciendo cosas, pero Daniel ya no oía. Ahora sí que estaba desconcertado, pues según le había parecido, lo que les había inducido escepticismo no era la elección en sí misma, sino el motivo. ¿Acaso les parecía poca cosa poder comer una lata cada día?. No, no puede ser eso, habría probablemente alguna otra cosa, de lo contrario, además de Navidades y algún que otro cumpleaños, los mejillones en escabeche aparecerían con mayor frecuencia. Quizás no tanto como las patatas y los pimientos, pero sí como el bacalao o la pescadilla. Pero, ¿de qué otra cosa podría tratarse?... su cabeza en aquel momento parecía aturullada y no alcanzaba a ver.

Durante días estuvo cariacontecido. Su madre pensó que quizás el cambio de pueblo le habría afectado, porque aún llevaban poco tiempo viviendo en aquel lugar tras el último traslado de su padre.

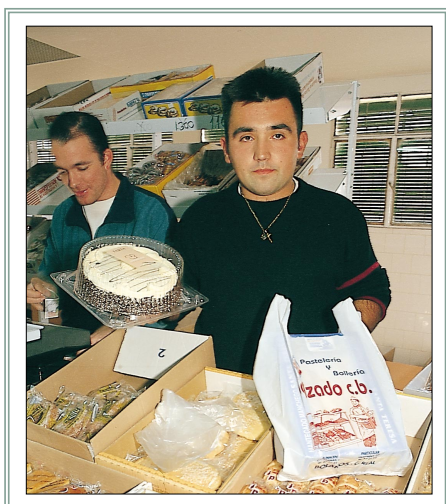
Al fin y al cabo, La Solana era un señor pueblo. Tenía iglesia, ayuntamiento y sobre todo casas y más casas, de tal modo que el campo quedaba muy lejos. Pero también había plaza mayor. No, no era como en el pueblo anterior donde sólo había plaza y que, además, servía de mercado los días en que llegaban los vendedores ambulantes. Esta plaza era otra cosa, “mayor” como su propio nombre indica.

Con el tiempo Daniel trataba de olvidarse del asunto. Sin embargo, los mayores estaban empeñados en todo lo contrario, pues cada vez que alguien llegaba a casa, su padre le decía: cuenta a fulanito lo que vas a ser de mayor. “Maestro”. ¿Y para qué? Para comer todos los días bocadillos de mejillones. Aquello último siempre hacía gracia por lo que Daniel comenzó a pensar que lo tomaban a broma y eso no le gustaba.

Definitivamente debería cambiar el motivo. Pero ¿cuál? La verdad es que no resultaba fácil. Desde luego que la liebre con judías estaba buena, también el conejo frito y la perdiz escabechada, incluso el arroz a la cubana, pero estas cosas eran frecuentes, pues su padre las traía cuando cazaba, que era casi siempre. Sin embargo, a los mejillones les ocurría como al mazapán, por Navidades y vete tú a saber...

Daniel opinaba que nada había mejor en el mundo, pero a los mayores no parecían gustarles. Además, si se los compraran, probablemente dejaría de poner boca de huevo y su madre no le diría tantas veces cuando le daba esas horribles sopas con leche, aquello de: “traga... muchacho traga”, o bien esto otro de ¡fíjate en tu hermana! María José, su hermana, vaya si tragaba, y en poco tiempo se puso como una pelota. Daniel la llamaba la Sansona. Curiosamente muchos años después acabó con el sobrenombre de “lápiz” para indicar justo lo contrario.

A Daniel no se le iba la imagen de su Maestro, aquellas fauces desorbitadas que engullían sin piedad. Creía a pies juntillas que se le iba a saltar la hiel, pues Don Vicente no levantaba la vista y si lo hacía no era a otro sitio que al cielo, a la vez que estiraba el cuello para tragar semejantes bocados. Estaba claro que ni por asomo se le ocurriría ofrecer. Don Vicente nunca le había caído bien y no sólo porque fuese de Valdepeñas, pueblo que había conocido cuando acompañaba a su abuelo Narciso, sino también porque aprovechaba la debilidad de los niños para excederse en sus castigos; al muy cabrito le gustaba abofetear las caras. Aquél día Daniel comenzó a aborrecerle.



Tampoco se le olvidaba ese olor a escabeche, casi semejante al de aquellas latas enormes y redondas que había visto en el mercado de La Solana, más luminoso que el de Valdepeñas, pues este último siempre le había parecido húmedo y frío. A Daniel, le sucedía lo mismo que a su abuelo Narciso, le gustaba mirar sobre todo en las fruterías y pescaderías. Trataba de imaginar, malamente, según las referencias de su abuelo, el lugar probable de la captura, aunque no le cabía en su cabeza que hubiese un sitio con tanta agua. Aún no había visto el mar, pero sentía estremecimiento por las hazañas de aquellos hombres allá tan lejos, “donde la tierra acaba”.

También intentaba hacerse idea del trayecto recorrido hasta quedar depositado allí, pero al contrario que su abuelo, no parecía molestarle que dicho itinerario no se hubiese realizado en el tren, pues no veía la ventaja de poder levantarse del asiento, cuando al pescado siempre se le veía quieto. “Ah...tontaina”, le respondía éste. Luego, en las fruterías, después de oler y tocar con aquellas uñas larguísimas, siempre de luto, decía: “esto es miel...”.

Aqué mercado tan grande y soleado nunca se iría ya de su memoria. Tampoco el pueblo, La Solana, un promontorio sobre una inmensa llanura donde el sol entra a raudales. Allí, algo a sangre y fuego quedó gravado en su interior. Hasta el punto en que hacia la mitad de su vida, sentía, a veces, el corazón encogido, como si necesitase de ese aire para respirar, lo que de vez en cuando le empujaba a volver.

Daniel empezó a sentir cansancio, no lograba resolver los múltiples interrogantes que le había planteado elegir profesión y para colmo, ya había pocas personas en el círculo de amistades de sus padres que no supieran lo que realmente deseaba ser cuando fuera mayor y entre risas siempre percibía la misma respuesta: “vaya chico”. Hasta su abuelo, le había dicho: “Ah... tontaina”. No entendía por qué los mayores observaban con tanto detenimiento las cosas de los niños, pues que él supiera, nunca había entrado en sus cuestiones, ni tan siquiera en las conversaciones. De hecho, su padre en alguna ocasión le había hecho ver la conveniencia de lo contrario mediante el expeditivo método de gritar: “los niños no deben entrar en las conversaciones de los mayores”.

Verdaderamente este problema resultaba más difícil que cambiar el “¿qué?” por el “ya”, al que anteriormente se había enfrentado. Cuando su padre le llamaba, Daniel siempre respondía: ¿qué?, fórmula que le permitía no acudir de modo inmediato, pero su padre se enfadaba muchísimo diciendo cosas de tipo: “si te llamo... vienes y punto”. A partir de ese momento Daniel contestaba: “ya”, y a lo que se veía funcionaba como el “¿qué?”. Pero esto era distinto, “la naturaleza del problema no permitía obtener una solución satisfactoria”, tal y como muchos años después le gustaba decir para referirse a toda cuestión que él considerase irresoluble.

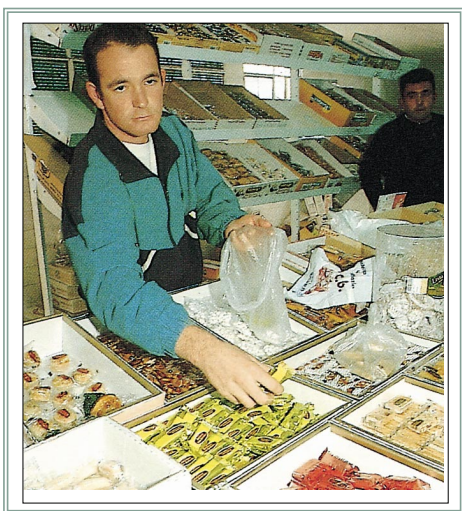
En definitiva, sin los mejillones para nada tendría sentido elegir profesión y, “de acuerdo que no todos tendrían por qué ser en escabeche”, cuestión largamente debatida con su madre. Por otra parte, la única que parecía tomarse el problema en serio, porque, además de llevarle al mercado para ver y comprar parte de aquellas “mallas llenas de conchas negras”, en una ocasión, sin que la “Sansona” se tomase cuenta, le había preparado sólo para él, mitad al vapor con aceite y mitad al vapor con perejil, ajo y aceite. Eso sí, a cambio



de volver a reiterar a José, el pescadero, una vez más, cual era su deseo vocacional. Pero hete ahí que en dicha visita se le apareció clara y diáfana una idea que Daniel consideró digna del mejor de los pensadores. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Tras aquella experiencia, Daniel pensó que no necesitaría esperar a ser mayor, simplemente aprendiéndose el camino del mercado sería suficiente; él mismo podría, de su cuenta y riesgo, acudir a ver al pescadero, a quien no importaría darle algunos. Según había visto, José disponía de muchos. Ya no habría de esperar a Navidades, ni tampoco a los cumpleaños. Por fin había resuelto el problema. De nuevo se encontraba feliz y no se explicaba como no había reparado antes en la solución, incluso le molestaba pensar en las oportunidades perdidas. Tampoco ya aquel odioso maestro le daría envidia. Además, podría obsequiar a sus amigos: Daniel consideraba que la generosidad era, sin duda, la mayor de todas las virtudes, y no entendía cómo algunas personas querían las cosas exclusivamente para sí mismos. Años después, a un amigo suyo que se llamaba Zacarías, le repetiría con insistencia: “nada se da o se comparte si no duele”.

A la primera oportunidad, después del colegio, Daniel acudió al mercado. Enseguida llegó donde el pescadero José, alias “El Gúmer”, tal y como por allí le llamaban. Éste, al verlo, le dedicó una enorme sonrisa y preguntó: ¿venga, dime... ¿qué vas a ser de mayor?... Luego en un enorme pliego de papel, con el que hizo un capirote como los de Semana Santa, introdujo algunos mejillones. Daniel callaba y observaba con detalle los movimientos y gestos de José. Notaba en su estómago las mismas sensaciones que cuando subía en las voladoras, sobre todo al caer. Aquella operación se le estaba haciendo larguísima y comenzó a notar calor, mucho calor. Por fin el pescadero concluyó y dijo: cógelo así para que no se te caigan. Daniel aprisionó aquel capirote y marchó corriendo, quizás como nunca hasta ese momento lo había hecho. Su increíble triunfo le había colmado de alegría, quizás nunca se había sentido así, ni siquiera cuando quiso comunicar a su madre “lo que deseaba ser”. Esta vez iba más rápido, volaba. Papá y mamá sí estarían contentos y le sonreirían, pero no como las veces anteriores, sino con admiración.



Entró en casa, vio a su madre y levantó el capirote. Pero de nuevo, algo no funcionaba, otra vez esa cara de sorpresa que ya le empezaba a resultar familiar. El entusiasmo previsto se convirtió en confusión y Daniel quedó paralizado sin lograr articular palabra o frase alguna. Pero conforme los primeros instantes transcurrían iba dándose cuenta que su acción nada había gustado. La expresión pesarosa y de echarse las manos a la cabeza que en su madre estaba observando no dejaba lugar a dudas, por lo que su desconcierto iba en aumento. Pensaba que deberían sentir orgullo, porque él había conseguido en poco tiempo lo que otros tardan años, pero bien al contrario, lo que apreciaba en sus gestos no era otra cosa que vergüenza; a la vez que, con cierta urgencia, le indicaba la conveniencia de devolverlos antes de que su padre llegara del tra-



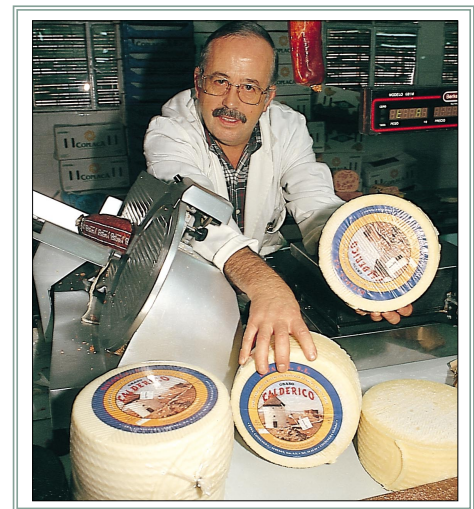
bajo, pues al parecer y, según se desprendía de sus palabras, no podían descartarse consecuencias aún peores.

Daniel, totalmente abatido, salió de casa y caminó despacio. Por vez primera observó que su garganta se apretaba como si un nudo la comprimiera hasta hacerla sentir amarga. De sus ojos, ya humedecidos, surgieron lágrimas que hacia abajo mojaron sus mejillas, también su boca. El sabor salado por unos instantes le distrajo, pero al cabo volvió a pensar en porque siendo las cosas tan fáciles, los mayores las hacían tan complicadas; en su opinión, cada vez iba resultando más difícil saber a que atenerse, dado que, por alguna extraña razón, a los mayores las cosas de los niños nunca les parecían bien o si les parecían, sólo era de forma aparente.

En este punto Daniel imaginó que otra vez habría de contar la historia a diestro y siniestro, y de nuevo atronarían su cabeza esas risas que tanto le desagradaban. Aquello le sumió en una gran perplejidad. Pero no, esta vez no, se las arreglaría para no hacerlo, pues al fin y al cabo, si nada les importaban sus motivos por qué él habría de darles cuenta... o mejor aún, inventaría otros nuevos que no hiciesen tanta gracia. Sí..., empezaría a mentir. Recordó entonces lo que su abuela decía con independencia de la ocasión: "hijo mío..., en este mundo todo es una mentira". Efectivamente, ahora todo estaba claro, ¿cómo no habría caído antes? Para que a uno lo dejen en paz no ha de contar nada, o tan sólo hacerlo a medias, o justo lo contrario. De haberlo sabido antes, hubiese actuado de otra forma; como a los mayores les gusta fastidiar, de haber dicho que los mejillones no le gustaban, seguro que entonces se los hubiesen puesto a diario. De ahora en adelante se comportaría así, ya no sería tan impulsivo, sino que para cada cosa establecería un plan. Volvió a estar animado y se imaginaba a sí mismo atravesando oscuros vericuetos que daban paso a cámaras ocultas llenas de tesoros, pero reservadas exclusivamente para los elegidos; sí, aquellos hombres capaces de escrutar una aguja en un pajar. Sin duda, él formaba parte de ese grupo.

Daniel observaba como en aquella vuelta al mercado su vida estaba cambiando muy deprisa, como si algo le estuviese dando la vuelta por completo. En aquel instante hubiera dicho de sí mismo que de golpe y porrazo se había convertido en otra persona. Ya nada interferiría sus planes y sabría cómo solventar cualquier obstáculo. ¿Sería acaso que se estaba haciendo mayor? No, no era eso... o quizás, sí, bueno. En todo caso ahora estaba contento, y no era cuestión de estropearlo. Por si acaso, aceleró el paso y reparó después de mucho tiempo en el capirote que muy humedecido por la parte de abajo, amenazaba con romperse. Eso le hizo cogerlo con las dos manos y correr, porque de nuevo comenzaba a sentir ese nudo que le aprisionaba la garganta.

Por nada del mundo deseaba ser mayor. Recordaba aquellas caras sonrientes que fingían interés y decían: ¡vaya chico! o a su maestro Don Vicente mirando al cielo para así estirar más el cuello. No, él no quería ser así, lucharía con todas sus fuerzas. Aquella decisión



de nuevo le hizo tomar ánimo. Pero ¿cómo enfrentarse a eso?. Había oído decir que algunas personas llegan a ser muy viejas, aunque en sus cálculos eso no equivalía exactamente a ser niños durante mucho tiempo. Los enanitos tampoco lo eran, pues esas caras arrugadas lo indicaban de un modo evidente. Por ninguna parte veía un resquicio. Daniel pensó que este problema quizás era de mayor envergadura

que los anteriores y que, probablemente, habría de tomarse su tiempo en resolverlo.

Ahora, frente a la puerta del mercado, la cuestión era qué decir a José. También debería mentirle, porque de lo contrario pensaría que no le gustaban sus mejillones y quizás se enfadaría. Pero, realmente, ¿qué otra cosa podía decir si no sabía él por qué le hacían devolverlos? Otra vez estaba hecho un lío y todo por culpa de los mayores. Bajó despacio las escaleras intentando pensar con rapidez y preparar una buena excusa conforme a su nuevo credo, pero sentía que su cabeza estaba bloqueada. Lamentó haber tardado tan poco en llegar y haber estado ocupado en otras cosas que podrían haber esperado. Por unos instantes se dijo: “otra lección”, pero el tiempo ahora sí que apremiaba y de nuevo esa sensación en la garganta, oprimiéndole. Volvía a sentir calor y seguía sin dar con solución alguna, sus ojos comenzaron a humedecerse, también aquí había fracasado. Pero cuando los elevó hacia José, aquella inmensa sonrisa estaba allí otra vez, quizás incluso más grande que la vez anterior.

Daniel entregó su capirote y José, el pescadero, alias “El Gúmer”, lo abrió despacio. Con cuidado fue depositándolos uno a uno a un lado de la mesa y dijo: “estos estarán aquí siempre para tí”. Aquellos ojos, ahora sí, llenos de luz, se abrieron aún más y entonces volvió a verlo claro. Sí, ¿cómo no se me habría ocurrido antes? definitivamente sería pescadero como José y así tendría montañas de mejillones. Sin embargo, ahora callaría, a nadie diría nada. Se preguntaba si faltaría mucho para ser mayor. Entonces volvió a correr, otra vez calle arriba y calle abajo, pero sin dirección alguna, sólo deseaba quedar exhausto al tiempo que trataba de inscribir en su memoria aquel mes: junio de 1966. ■

**BAUDILIO CAVADAS GORMAZ**  
ESCRITOR

## MERCADO DE ABASTOS DE LA SOLANA (CIUDAD REAL)

**E**l Mercado de Abastos de La Solana –municipio de Ciudad Real, con 15.000 habitantes– fue construido en 1966. Se remodeló por primera vez en 1978 y las obras más recientes, que afectaron a las pescaderías, son de 1994. El mercado consta de dos plantas, que ocupan 1.250 m<sup>2</sup>, en los que además del espacio de los puestos de venta, se incluyen 200 m<sup>2</sup> para carga y descarga; tres cámaras frigoríficas con una capacidad de 99.083 m<sup>3</sup>; ascensor, montacargas y servicios.



La oferta comercial del Mercado de La Solana está formada por 25 puestos con 8 m<sup>2</sup> de superficie media, de los que nueve son de carnes y charcutería, siete de pescados y mariscos, y el resto se reparte entre frutas y verduras, ultramarinos, etc.

El mercado está situado en el centro del pueblo y el Ayuntamiento mantiene la titularidad. La actividad del mercado, que sólo abre por las mañanas, se complementa los miércoles con un mercadillo ambulante muy activo.

